

25467

# EL VIEJO VERDE



CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CARRERA DE SAN FRANCISCO, 13 :-: APARTADO DE  
CORREOS 694 :-: TELÉFONO 5.075 :-: 16 PÁGINAS, 5 CUENTIMOS :-: 25 EJEMPLARES, 75 CUENTIMOS :-: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :-: AÑO II :-: NÚM. 44 :-: MADRID, 2 MAYO 1916



**AIRES DE PRIMAVERA.**—*Ella.* Yo pienso en las flores; en los capullos que dejan de serlo, en...—*El.* Yo no pienso más que en rebuznar y tirarme por el suelo.—*Ella.* Viene a ser lo mismo.  
Biblioteca Regional de Madrid





## La apuesta.

Adorable lectora de mis sentimientos ricos. Hoy vengo con unas ganas tremendas de ceñirme al asunto. Así, pues, dispensa si la gracia que Dios me ha dado en usufructo, y que yo aplico con, de, en, por, si, sobre mis repajeros escritos (¡modestia pura!), desaparece hoy por la puerta del foro. Yo soy así. Cuando digo "a ponerme mortuorio", ni la plaza de Manuel Becerra. Por lo tanto, vamos al negocio.

Se trata de uncuentecito que he tenido el honor de extraer de mi cabeza,

### ¡REDIEZ, QUE TÍO!



El.—¿La puedo acompañar a usted?

Flla.—Estov esperando a mi novio.

El.—No importa; acompañaré a su novio también.

dando un mentís a los que dicen que yo extraigo las cosas de otra parte.

Don Eldegundo Camelo de la Pasa, acaudalado banquero, cometió la "esaborición" de casarse a los cincuenta y tantos años. Y digo "esaborición", porque en vez de unirse a una mujer cuya edad, sumada a la de don Eldegundo, diera siglo y medio, se casó con una morena preciosa, que no contaría veinte años. ¡Y eso que es la única edad que "cuentan" las señoras!

Como ustedes supondrán, don Eldegundo se pasó la luna de miel, y la otra luna, en una actitud meramente contemplativa, bien a disgusto de Rosita, su descacharrante cónyuge, que, aunque inocente y tal, se imaginaba de otra forma la actitud de su marido.

—¡Y para esto me han casado! Joyas, vestidos, automóviles... de todo, sí, señor; pero...

Y Rosita se pasaba los días encerrada en un gabinete, pensando en la conveniencia de que aquel estado de cosas tuviese una radical transformación. Don Eldegundo del Camelo, en vista del acentuado retraimiento de su esposa, tuvo a bien ponerse en guardia, más escamado que si le presetasen un cheque sin firma. Todo casado de cierta edad, cuya señora es joven y se retrae, no ve en perspectiva más que primos jóvenes o amiguitos cariñosos, que la visitan con deplorable frecuencia. En el caso de don Eldegundo, era para alarmarse ciertamente.

Rosita recibía diariamente a un primito, llamado Torcuato, que, dicho sea al relance, tenía cara de ser un distinguidísimo imbécil. Y como en este mundo nada puede estar oculto, digan lo que quieran los fabricantes de corsés, un día fueron sorprendidos por el banquero en coloquio que nada decía en favor de la fidelidad conyugal.

—Esposa infiel, ¿y mi honor? ¿Y otra?

porción de cosas que me estáis hollando?

La esposa protestó indignada, y Torcuato salió como alma que lleva el diablo.

Como el suceso trascendió a los Círculos que don Eldegundo frecuentaba, hubo de dar algunas necesarias explicaciones.

—Nada, ¿saben? Mi genio, que es una ametralladora. Figúrense que un pariente de mi mujer, atacado de una imbecilidad espantosa, gusta de pasar algunos ratos en casa. Claro que... pero, vamos; es un pobrecito imbécil sin malicia de ninguna clase.

Un día, llegado que hubo don Eldegundo al Casino, donde acudía invariablemente por las tarde, se topó con un amigo que, secretamente, le dijo:

—Tengo que convencerle de su error.

—¿De mi error?—contestó don Eldegundo.

—El primo de su señora no es tan imbécil como usted cree.

—¡Hombre!

—Me consta que no entra en su casa con sana intención.

Don Eledgundo se echó a reír, tomando a broma las palabras de su amigo. Pero en vista de que éste lo afirma-



*Ella.*—¿Y por qué no vas por casa?

*El.*—Ya te he dicho que tu perro me es muy antipático: ya sabes que yo no me muerdo la lengua para decir las cosas.



*El.*—¡Mujer; siempre tocas la misma!...

*Ella.*—¡Tienes razón; ya es hora de que varíe de vez en cuando!

ba rotundamente, tomó la resolución de demostrarle con pruebas lo equivocado de sus suposiciones. Y esto fué motivo de broma y alboroto en la Peña que por las tarde formábase en ángulo del salón de billar.

—¡Que te engañan, Eldegundo!—le dijeron.

—¡Pero si me tiene un miedo cerval desde el día en que los sorprendí charlando!

—¡Que se demuestre!

—Lo demostraré, señores. Ya se han puesto las cosas de tal forma, que mi honor no puede quedar en entredicho. Para que se convenzan de que el primo de mi señora me teme más que a un escopetazo, y que es incapaz de hacer lo que ustedes suponen, yo propongo que dos de ustedes me acompañen a casa esta noche. Y apuesto por mi razón.

Así quedó acordado, y así se llevó a efecto.

La comitiva se puso en marcha, y a los pocos minutos llegaban a la casa de las dudas. Los testigos penetraron primero, siguiéndoles don Eldegundo, que caminaba satisfecho de aplastar con argumentos palpables a sus dos amigos.

Llamaron al timbre. Una doncellita les franqueó la entrada.



¡Vaya, está visto que a los hombres no les interesa más que la guerra; como si las viudas no fuéramos nada. (Al perro): ¡Está visto que no me queda en el mundo nada más que tít!

—¿Ha venido el señorito Torcuato?— preguntó don Eldegundo.

—Sí, señor. Con la señora estaba en la biblioteca; pero debe haberse marchado, porque la señora hace un gran rato que se retiró a descansar.

Don Eldegundo miró triunfalmente a sus dos amigos. Pero como éstos no se dieron por satisfechos, se procedió a un registro ocular por todas las habitaciones. Fueron a la biblioteca, al comedor... Recurrieron una por una todas las dependencias de la casa, y nada encontraron. Es decir, sí; en una silla del cuarto de baño hallaron un sombrero y un bastón, prendas no pertenecientes al banquero.

—¡En casa está el primito!—dijo un testigo.

—¡Hay que buscarlo!—añadió el otro.

—Se buscará — afirmó don Eldegundo—, aunque será difícil, pues de seguro nos ha oído y anda huyendo por la casa.

Y los tres se lanzaron en busca del primito.

Faltaba únicamente por mirar en la alcoba de Rosita, cuando un testigo quiso abrir la puerta.

## De salón.

El.—Me han dicho que tuvo usted un disgusto con su marido por cuestión de faldas.

Ella.—¿Pero no está usted enterado del todo?

El.—No.

Ella.—Pues pregunte a su esposa.

—No, ahí no; ahí duerme mi mujer.

¿De manera, que se convencen?

—No, no; abre la puerta.

—¡Mirad!

Figúrense ustedes cuál sería su sorpresa al ver a Torcuato metido entre sábanas con la hermosa Rosita. Don Eldegundo se pasó la mano por la frente, dió un suspiro, y mirando a sus amigos, les dijo solemnemente:

—He ganado. Torcuato, huyendo de mí por toda la casa, y viendo que le iba a dar alcance, se ha escondido en la cama.

Y aun tuvo el valor para añadir:

—Díganlo así en el Casino!

Antonio Morillas.

## Sonetos.

Celeste diosa: desde el trono altivo donde asientas tu espléndida hermosura, a comprender no aciertas mi amargura ni este martirio que padezco y vivo.

Con sangre de mis venas las escribo, y el llanto en mis pupilas lo asegura; sólo en sueños me ofrezcas la dulzura de tus labios en flor, que ansioso libo.

Me pregunto a mí mismo muchas

[veces:

¿Por qué no ha de volverse eterno el

[sueño?

Y a Dios elevo mis fervientes preces por que trueque mi lecho en sepultura, y dormido por siempre sea el dueño de tu radiante y mágica hermosura.

Eres, mujer divina, la que inspiras mis endechas, mis cánticos de amores; eres luz, poesía, sol y flores, música y queja de arpas y de lirás.

De ti aprenden las trovas que suspiras rendidos y nocturnos ruiséñores, que cercan tu ventana rondadores cuando la luna, que te besa, miras.

Por ti sonríe, al clarear, el día; la aurora que se esfuma y se dilata entre brillante y rico pedregío por ti se asoma el sol con alegría, y besa amante el cinturón de plata que entre peñas desliza el manso río.

M. Bilbao.



EL VIBIO VERDE

Artistas extranjeras



LULÚ RUSSIEL

Guapa, colosal y escultural bailarina.  
¿Parece de caramelo, verdad?

## De "mis paisanos,"

—Se pue saber por qué ha salio usted hoy a la calle?

—¿Le interesa?

—Sí, señora; para saber la causa de mi futura enfermedaz, porque no la quepa la menor, bibelote, que, desde ahora, hasta que la diñe, voy a estar padeciendo por ese cuerpo cibelino.

—Pues ya lo ve, ganas de tomar el sol, y se ha nublao.

—Será para usted, prenda; para mí sólo lo hay eclirse si entorna esos ojos que ilustran su cara como si fuera un rotativo.

—¿Es usted de la imprenta?

—Pa servirle, si en algo se la ofrece: un ciento de tarjetas postales, papel de escrebir, siempre que no sea para su novio.

—Pues entonces ¿a quién voy a escrebir?

—A San Antonio, pa que le conceda un novio no tan pasmao como ése.

—Y usted ¿qué sabe?

—Se diquela al kilómetro; si fuese

## Un desarrollo alarmante.



¡Que barbaridad y cómo se me quedan de cortos los vestidos: si sigo así voy a necesitar lo menos un metro mas!

## La Fornarina.



La indiscutible cupletista española y hermosa universal que actualmente gusta en Apolo.

¡Ay, qué faltos de Consuelo estamos!

castizo, iba a dejarla sola. ¿Se abandona a las obras del Museo?

—Es que el mío es muy hombre para ir pegao a mi falda. ¿Usted sería de esos sindicantes?

—Yo sería la póliza de a pesetas de su persona.

—Hace calor.

—Para eso está mi frescura.

—Es que con tanta podría constiparme.

—La compraría tolú.

—Derrochaor.; cómpreme regalí, que es más barato.

—Es que lo envolvería el sudorífico con mi cariño, que vale mucho.

—¿Cuánto tiene de empeño?

—En seguirla hasta su casa, lo menos tres pesetas de voluntad.

—Y yo de formalidaz le pidó cuatro, y que no se arrime tanto.

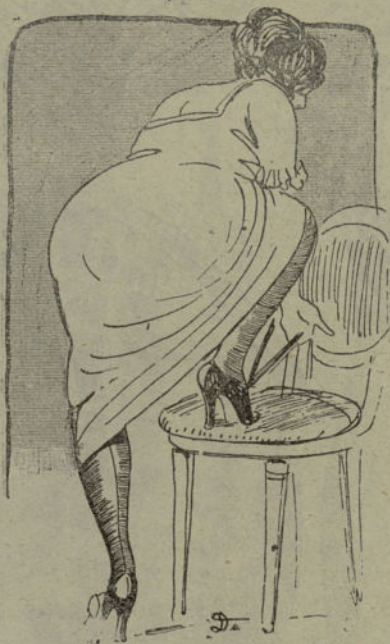
—Es que m'atrae.

—Yo le llevo suelto.

—Pues cámbieme en francos, que han bajao. Y oiga, rica, ¿vive usted muy lejos?

—Según desde donde lo tome; desde la Guindalera, cerquisima; pero como es-

## ¡Que atrocidad!



¡Tal alegría me entra cuando me visita mi novio, que hasta los zapatos se me desatan!

.....  
tamos ahora en la plaza de Oriente, le van a tener que poner medias suelas y tacones antes que lleguemos.

—No importa, anda más que un Longines.

—Pero le arvierto que mi familia acostumbra a tirar objetos agresivos a los pelmazos, vulgo tiestos, botijos, regaderas.

—No importa, en París vuelan zeppelines, y se oxigenan por las rúas hasta que los diqueñan los bomberos.

—Pero es que usted no lo es.

—Yo soy tan duro de cascós como ellos; a más, por usted desafío los objetos etéreos; no ve que está usted más dentro de mí que mi camiseta interior; a mí usted me la da con "fromage", y juro que sorbeteo "codorniú", porque quital el mutuo al propio giro con ese cuerpo, que ni el de Aalabarderos; con esa boca, más pequeña que un cuento de Saturnino Calleja, y en general, con esa composición, que ni con caracteres góticos; pero en fin, qué, ¿se indica usted conmigo?

—Pues no corre usted poco; le agradezco la coba; pero de eso a lo otro, tie usted que sentarse en Recoletos y que le

amenicen los chicos del Hospicio; a mí usted me ha tomao por una atomatá, creyéndose que con bulería labial me catequiza, y nada de eso, hijo; primeramente le tengo que probar.

—¿Y luego?...

—Ahora usted me acompaña hasta aquí y se esfuma, porque va a venir mi hermano de un momento a otro y se va a organizar la obesa; no obstante, mañana puede acompañarme hasta el mismo sitio.

—Entonces, cuando sean las cinco encuentra a un servidor apuntalao a esa esquina; y abra el paraguas, que empieza a chispear, y es una lástima que esa preciosidaz de cara se oxide. Mañana va a ver usted la formalidaz disfrazada de uno del gremio de Gutenberg. ¡Adiós, vida! ¡Y que pisa usted poco bien! Pa mí que hace cosquillas el asfalto.

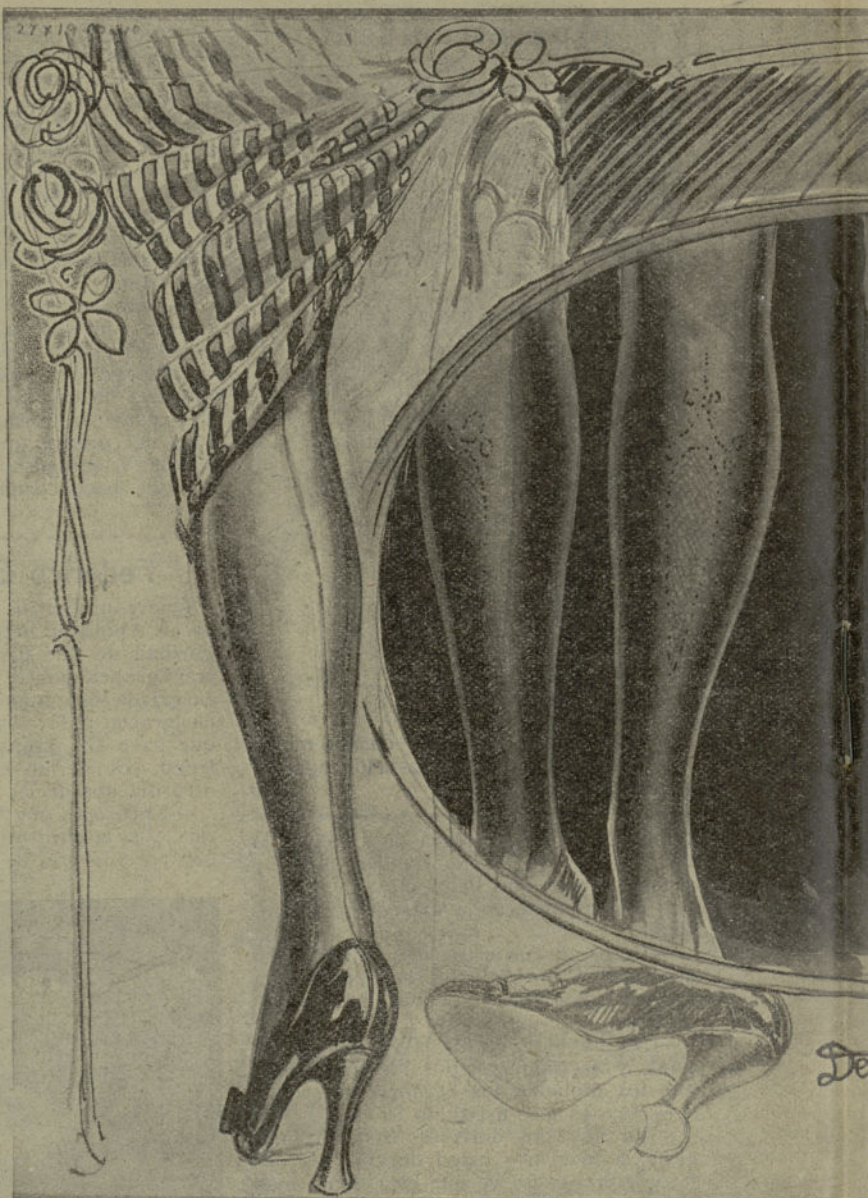
Luis Mata.

## Federico Gil Asensio.

Que con Viérgol estrenará muy pronto en Apolo un acto que tenemos la seguridad de que dará término a la guerra europea por el procedimiento de la carcajada espontánea. De esa obra tiene gracia todo; hasta los comentarios que hace Gil Asensio refririéndose al estreno, son de un egoísmo gracioso. El otro día nos decía:

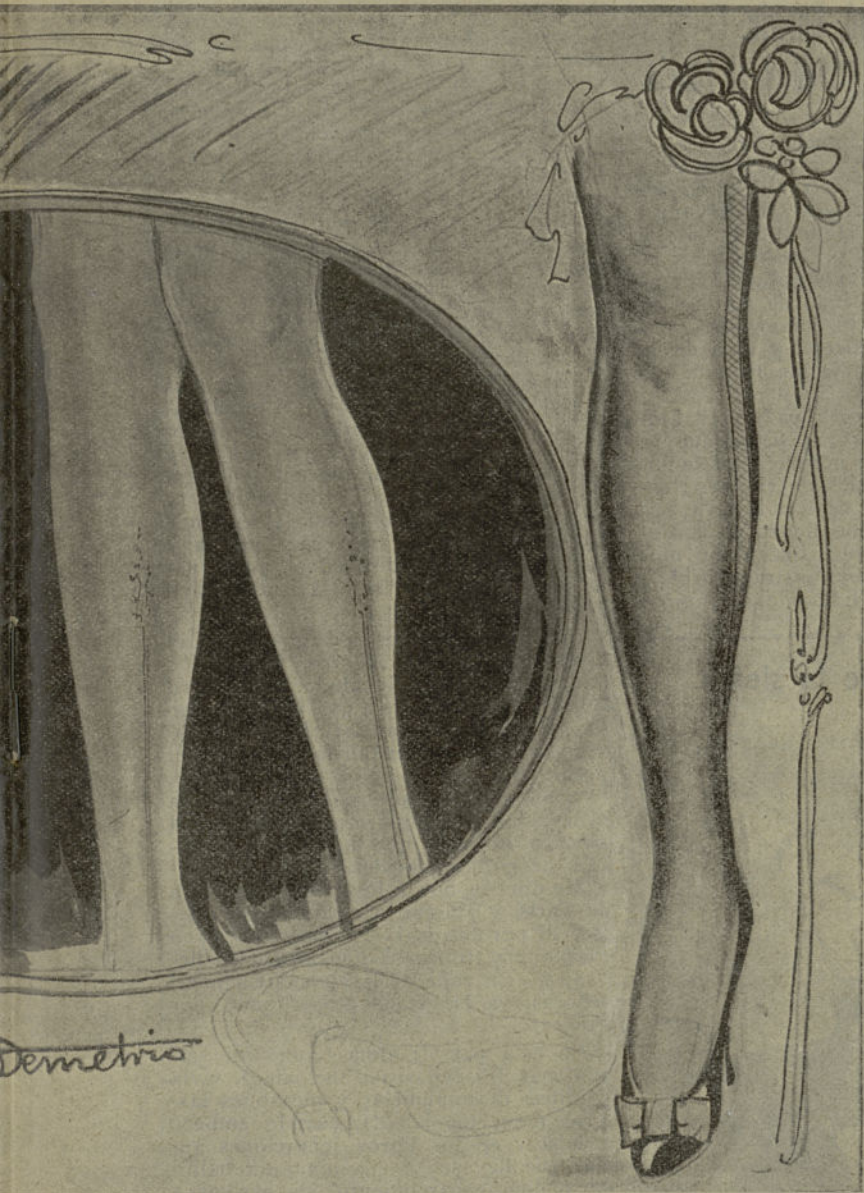
—El caso es que Viérgol está en América, y si la obra no gusta, me voy a cargar yo solo con la bronca.





Antes de proseguir en mi explicación sobre los cuidados a que hay que someterse de las siete cartas recibidas por mí y en las que las siete (seguramente bien modeladas por ese camino de la cultura física. ¡A mí, que no me hace falta que me animen! A los 30 años, Pantorrillaza, Luz, y Safo; usted o su papel Safo, huelen muy bonito que ellas lo tomen con tanto interés, porque algunas ¡lo toman con un interés no tengo que correr mucho estando como estoy en los tobillos... y la mujer no es esto se debe hacer despacio y con buena letra de imprenta. En este número no hagamos la pierna con la bota cuando se recurre a tiempo, y cómo después de modelada, se hace cuando es joven. El asunto que nos embarga en estos momentos, está en el m





...erse las piernas de las mujeres, he de dar las más expresivas gracias a las firmantes  
(deladas) comunicantes, ponen a mi disposición sus piernas y me animan a seguir  
... Así es que un millón de gracias a las señoras o señoritas *Chichito, Chelo, Olimpia,*  
... y bien. ¿Dónde lo guarda usted? Y.... vamos a la pantorrilla; celebro mu-  
... terés!... Esto me satisface y por ese camino pienso llegar muy lejos, por más que  
... es tan larga como algunas creen; se la puede recorrer en un par de minutos. Pero  
... hago más que completar el anterior. Por este gráfico podrán ver cómo se mode-  
... se puede usar el zapato sin miedo a deformaciones; porque *el árbol se endere-*  
... el mismo caso. El próximo número *El ejercicio que deben hacer con las piernas.*



## Maura, Belmonte, yó, Darwin, mi criada y el conejo.

En el mundo hay muchas cosas buenas: el Sol, en materia astral; Weyler y Vadillo, en materia "astrosa". Pero cosas "únicas y definitivas" no hay más que tres, a saber: Maura, Belmonte y yo. Detalles.

Maura, porque es un político honrado (conste que prescindo de matices de partido, no sea que tú, lector, seas con-juncionista, y me atices), y esto de la honradez política nadie me negará que es un caso único.

Belmonte... Bueno, ¿"pa" qué? Belmonte es único, porque sí, porque le sale de la taleguilla, porque Dios le hizo con cinco quintales de riñones "espolvoreaos" con sal de Ronda, y le puso por pañal el divino lienzo de la Verónica. Nada, hombre, nada. Y no moleste el amigo, que soy "intransferible". Quedamos en que Belmonte es ¡único!

### A ia hora de la siesta.



(Bostezando) Yo les tengo un odio a los rusos... En este momento cogía entre mis brazos un ruso de esos fuertotes como cabal'os, y lo reducía a polvo. ¡Qué odio les tengo!

Y yo... yo soy único ¡porque soy yo!, y como en el mundo no hay más que yo, resulta que yo soy el único yo que conozco yo, ¡digo yo!; de lo que se deduce que yo soy único, o la Lógica es un absurdo mayor que el que todavía sea alcalde Don Hermógenes de la Pedadilla.

Conglomerando, que decimos los académicos. Yo soy único, además de porque soy yo, porque el descubrimiento que he hecho me coloca a mayor altura que el zeppelin más raudo o el torero más arrojado (a la atmósfera, naturalmente; mejor dicho, violentamente). Verán ustedes.

Yo era un espíritu puro, mucho más inocente que los que pagan el inquilinato. En tocante a mujeres, ¡nada de tocante! Vamos, que ver a una mujer, y subírseme el pavo con moco y todo, era de una simultaneidad cronométrica, y como en este pícaro mundo (¡se vende barato!) hay tanta morenaza ricona y tanta rubiales mordisqueante, pues ¡nada, que me pasaba la vida con el pavo encaramado.

¿Yo visitar lugares cochinos, como el cine, pongo por centro "manual"? ¡Guarda, Pablo! (No aludo, compañero Iglesias.) ¿Yo decirle a una mujer "¡Por ahí te pudras"? ¡Jamás! ¡Digo, con lo sanotas que a mí gustan las hijas de mi pechito rico!

"Epilogando": que yo desconocía la obscenidad y la impureza, y en mi alma anidaba no más que una casta sensación de púdica placidez.

Me dijeron que a los niños los traían de París, y aunque me pareció muy lejos, dí por buena la información, y en cuanto me tropezaba con un recién llegado a este valle de lágrimas (ea, pues, señora), ya le estaba preguntando por Poincaré.

En esta paz de alma (como me salgan más frasecitas así, me jaleo), vivía yo libre de impudicias y picazones lascivas (¡que me jaleo!), cuando empecé a buscar en los libros sensaciones recias que llevasen a mi ánimo un hábito de púdico esparcimiento, sin arribar a las obscenidades de la antipudibunda lujuria (¡¡¡ooooooooolé!!! Me jaleé). Uno de los tomos que primero leí fué el primero, naturalmente, el primero de "El origen del hombre", de Darwin. ¡Y qué tomo!, que diría un "decadente", si los decadentes supiesen leer. ¡Cómo desper-tó en mi alma sensaciones, ¡ay!, desconocidas, que me pusieron en un compromiso, porque ¿qué iba yo a hacer con unas desconocidas?

Figúrense ustedes que Darwin soste-



Para el dibujo de ella ha servido de modelo a Demetrio la señorita Safo, firmante de una de las cartas de las que hacemos mención en la plana central.

nia que el hombre desciende del mono. ¡Hombre, amigo Darwin, querido Darwene, que si se entera de eso Diego San José le va a decir algo!

¡Que el hombre desciende del mono! Es una teoría que no es un grano de anís, de anís del Mono, ¿eh?

Después de leer a Darwin, leí a otros señores, y ya no los encontré tan descaminados; uno afirmaba que la Humanidad está dividida en especies, que, a su vez, se derivan de diferentes animales: el mico, el burro, la zorra, etc.

Y bien mirado, yo he visto algunos poetas líliales con cara de mico; a bastantes políticos, con cara de burro, y a muchas cupleteras, con cara de... raposas; pero tampoco me conformó esta teoría, y entonces fué cuando decidí enterarme por mi cuenta de que descendía del hombre.

Coincidió esta determinación mía con el exagerado abultamiento del vientre (¡Jesús!) de mi criada; a mí me dijeron que aquello era obra de la hidropesía (luego me enteré de que se llamaba Atanasio), y una noche sentí unos gritos extraños y un ir y venir de gente por el pasillo, que, ¡claro!, asustadito, me tiré de la cama y llegué al cuarto de la chica. ¡Qué espectáculo más extraño! Toda mi familia rodeando la cama sobre la que se retorcia la doméstica, asistida por el médico. Oculto tras un biombo, presencié cómo daban a la infeliz una botella para que soprase, y ella soplabla, y se quedaba tan pronto blanca, como amarilla, como verde con vetas; y no digo violada, porque cuando yo llegué, ya debía haber pasado por ese color.

Yo abría cada ojo como para dar envidia al puente de Triana, para no perder detalle (de talle para arriba; impudicias, no), y sin saber en qué pararía aquello (hoy ya no me importa, pare como pare); en esto, la criada, que lanza un alarido, y se agarra a la cabecera de la cama; el médico, que se inclina, y tirando, tirando, saca una cosa muy rara, que a primera vista me pareció un panecillo largo, y que yo juraría que sacó del colchón de muelles.

Pero, ¡sí, sí! ¡Buenos muelles te dé Dios! ¡Y buen panecillo! Ni aquello era largo, ni lo sacó del colchón. Esto lo dije en cuanto me percaté del ajo. Corrí a mi cuarto, cogí el cuaderno de mis impresiones, y escribí:

"Darwin era un mentecato... de vainilla. El hombre descenderá del mono, pero lo que es el chico..."

Francisco Ramos de Castro.

## EL GALÁN MISTERIOSO

Casta y Pura, dos mujeres encantadoras, que viven juntas y pasan por ser primas carnales (sólo quizá porque son de carne), habían recibido una esquila de su amiga de la infancia Rosita Pesqui, concebida (la esquila) en los términos siguientes:

"Queridas mías: me caso la semana que viene, y aunque llevo muchos años sin veros, no quiero dejar de comunicaros mi boda. Es mi futuro un joven bien configurado, tiene bastante, y su nariz, no escasa, sus ojos azules y su bigote rubio denuncian un alma que no debe de quedarse atrás en lo rubial y azul, haciendo de mí Joaquín un hombre simpático hasta no más. Perdonad este desahogo a vuestra invariable amiga...—  
Rosa."

No en balde se tratan las amigas durante largo tiempo.

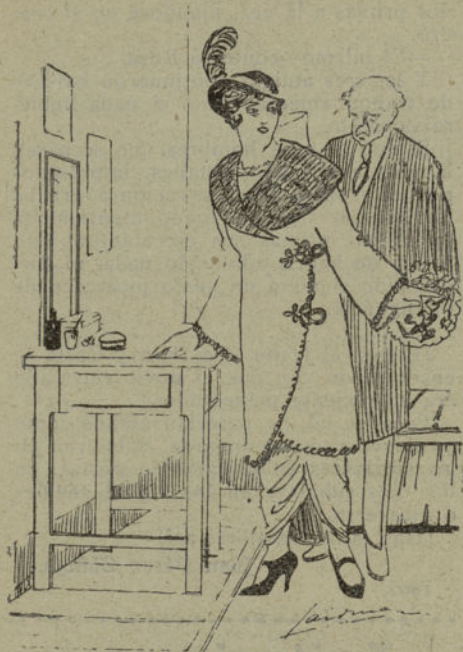
Se casa cualquiera de ellas, y tiene derecho a los obsequios de las demás, derecho que únicamente Adán y Eva no ejrecitaron, puesto que a nadie pudieron participar su enlace sino a los rinocerontes, a los escarabajos y a los demás animales del Paraíso, todos ellos poco interesados en quedar bien. No había remedio. El regalo de boda se imponía. Y se imponía con urgencia.

Y ni con Rosa se podía cumplir de cualquier manera, ni ante el caballero rubio y azul, de no escasa nariz, querían Casta y Pura quedar mal. Las primas, pues, determinaron despachar el asunto inmediatamente, y salieron a la calle, decididas a pasar la tarde revolviendo tiendas y estropeando de camino más de cuatro corazones de otros tantos horteras tiernos.

El primer establecimiento que visitaron fué una abaniquería, de la cual sacaron aire nada más.

Al poco tiempo, y al cruzar una plaza, cierto joven, decentemente vestido, a las primas, deslizó en su oído un piropo quien sin duda flechó la más gruesa de generador de una sonrisa, que fué suficiente para que el desconocido galán siguiera desde entonces los pasos a las conocidas damas.

Preparábasele una aventura, y era hombre que, puesto a ello, no se detenía por nada. Miento; porque aquel día se detuvo cuantas veces hicieron lo propio Casta y Pura. Y lo hicieron con mucha frecuencia.



*Ella.*—No; flores, no; prefiero un billete.

*El.*—¿De caridad?

*Ella.*—No, ¡por caridad!

¡Que parta un rayo a un editor si no visitaron las bellas compradoras doce tiendas en veinte minutos!

Aquel trájín era insoportable, y resolvieron tomar un simón, aunque se llevarsen los diablos al perseguidor enamorado, en cuya faz observaron rápidamente un bigote rubio como la mies dorada y dos turquesas de movimiento, resguardadas por misteriosos párpados, a los lados de una no escasa nariz.

Casta y Pura se habían facturado a sí mismas en pequeña velocidad.

Aquel carruaje, de cuyo número no quiero acordarme, era una especie de tortuga con ruedas y faroles, circunstancia de la que se alegró mucho el curioso e incansable galán.

De esta guisa, ellas delante en pies ajenos, y él detrás en los propios, recorrieron toda la corte sin encontrar nada que les hiciera "tilín".

¡Como no hubieran comprado alguna campanilla...!

¡Maldito regalo de boda!

En fin, después de ajustar en el bazar M. un grupo de barro cocido, que, según el hortera, representaba a Isabel la Católica dando de mamar a Sansón,

EL VIEJO VERDE

y después de sobar en otra tienda unos pañolitos que, a pesar de ser de encaje, no encajaban en su presupuesto, recordaron que Rosita era sumamente aficionada a los perfumes y a los juguetes de tocador, y como en la tienda donde suelen comprar la "Colonia Gal", habían visto en otra ocasión esta clase de chirimolitos, dijeron al cochero de punto:

—Arenal, 2.

Este Arenal cayó de lleno en los oídos del atrevido y tenaz perseguidor, y antes de que la tortuga de alquiler dejase a las damas en la perfumería, ya estaba el caballere de los ojillos azules y el bigotillo rubio rondando el establecimiento y contemplando el escaparate.

Todo el tiempo que invirtieron allí Casta y Pura en elegir frascos y chucherías y en marear al no mal parecido dependiente, ora revolviéndole los artículos con las manos, ora revolviéndole los entresijos con las miradas, el galán misterioso, fuera ya de quicio y apoyado en el de la puerta, preparábase a dar el ataque y a no esperar más tiempo el resultado de aquella aventura; porque realmente, la más carnal de las primas le había llegado de pronto a los más vivo.



*Ella.*—¡Yo le ruego que me suelte, por lo que hay en usted de caballero!

*El.*—¡Por eso precisamente no la suelto a usted!

Transcurrió media hora.

Provistas de varios paquetitos y orgullosas de su compra, montaron nuevamente en el coche Casta y Pura, no sin mirar de reojo siempre sonriendo al con-sabido sujeto azulado, rubicundo y de no escasa nariz, que ya no pudo seguirlas, porque desde aquel momento la tortuga simoniaca tuvo el capricho de des-pabilarse considerablemente.

Cinco minutos después soltaba el carruaje en casa de Rosita Pesqui a sus dos amigas de la infancia, que conducían en su regazo sugestivo unos bultos con los cuales iban a dar el golpe seguramente.

Me refiero al regalito de boda comprado en la perfumería.

Después de los saludos, los besos y las preguntas de rigor sostuvieron las tres amigas el siguiente diálogo:

—¡Bravo, bravo, Rosita!—dijo Casta.

—Eres más valiente que nosotras—añadió Pura.

—¡Qué queréis—dijo la interfecta—. He tropezado con un hombre que... Por cierto, que ahí tenéis su retrato al óleo. Mirad.

—¿Es ese tu novio—preguntaron las

dos primas a la vez, fijándose en el cuadro.

—El mismo—contestó Rosa.

Y las tres amigas continuaron hablando tranquilamente, como si nada hubiera ocurrido.

Si uno de esos hombres que se pasan la vida analizando detalles, impulsados por un espíritu de observación a prueba de bomba, hubiera fijado atentamente en ambas primas sus escrutadoras miradas, no habría adivinado nada, ni sorprendido siquiera un gesto picaresco de inteligencia.

.....  
¿Piensa el lector que Pura y Casta se encontraron con que el novio retratado era su reciente perseguidor?

Pues no tal. Se parecían ambos como un huevo a una espingarda. Sólo eran algo semejantes en la nariz no escasa, en los ojos rubios y en los bigotes azules o viceversa.

¡Hay tantos hombres así!

Juan Pérez Zúñiga.

1902.

## Imitaciones.

Nadie como el gran poeta Antonio Casero para cantar el alma de este bendito pueblo de majas y chisperos, Aunque mi imitación de su estilo sea burda, perdónela el lector, en gracia a que, como el poeta, puse en ella toda el alma, por ser madrileña y, como él, enamorado de mi pueblo.

### COPLAS DE DOMINGO

¡Cómo pasa el tiempo!

¡Hay que ver cómo va la pitusa  
d'hinchada y de güeca!  
¡Hay que ver cómo s'echa p'alante  
cuando llega una tarde de fiesta,  
y se viste los trapos de gala,  
y se da bandolina a la cresta,  
y se pone las botas de tafi,  
y se calza las medias de seda,  
y se ciñe el mantón a la espalda  
con aires de reina!  
¡Hay que ver cómo pasan los años  
sin darse uno cuenta!  
¡Camará, cómo empujan p'al hoyo  
estas mocosuelas!  
¡Señor! ¿Es posible  
qu'esta pinturera  
que tiene por ojos un par de volcanes,  
y tiene por labios dos fresas  
sea aquella mocosa raída  
qu'iba siempre peinada a la greña,  
con la ropa hecha un pingo talmente  
y la cara toa llena de lepra?



Ella.—¡Ay, yo le ruego que no me hable con tanta libertad de esas cosas!

El.—Pues usted puede oírlas, porque es vinda.

Ella.—¡Por eso, porque las conozco, no puedo oírlas con tranquilidad!

Pero¿ es esta moza  
la mocosa aquella  
que corría dertás de los coches  
pa subirse montá a la trasera,  
y que s'iba a jugar con los chicos,  
en lugar de marcharse a la escuela?  
¡Hay que ver cómo cambian los tiempos!  
¡Hay que ver si este mundo da vueltas!  
Hoy ya no es la rapaza cochina  
com'una trapera.

Hoy es una moza  
muy formal y seria  
que se lava dos veces al día,  
si es preciso, y se arregla y se peina,  
y se viste con sayas de largo  
pa que no se la vean las piernas.  
Ya no corre detrás de los coches,  
como antes corriera.  
Ahora tiene un taller, donde gana  
para dar de comer a su vieja,  
y a sus dos hermanas,  
que puen esconderse bajo una cazuela.  
Ahora tiene un mocito gracioso  
a quien quiere con todas sus veras,  
y que va hasta el taller toas las tardes  
a esperarla, no sea que se pierda.

Hoy es una moza  
muy guapa y muy seria.  
¡Hay que ver cómo pasan los años  
sin darse uno cuenta!  
¡Hay que ver cómo empujan p'al hoyo  
estas mocosuelas!  
Por la vil parodia,

Fidel Prado.

## Intima.

Las notas de un vals lento los ziganos  
[parlaban,  
una inmensa alegría fiotaba en el salón,  
joviales las parejas, reían y bailban,  
el hada allí reinaba de la loca ilusión.

En un rincón oculto, mientras ellos  
[danzaban,  
buscamos el refugio de nuestra gran  
[pasión;  
tus labios purpurinos sus mieles me brin  
[daban;  
llorabas y reías toda ebria de emoción.

Después de aquella noche de la pasión  
[maldita,  
tus labios, hechos fuego, con un ansia  
[infinita,  
un día y otro besan y besan sin cesar.

Y hoy contemplo la boca que todos  
han [besado,  
y recuerdo la noche, la noche del pecado,  
la noche que en mis brazos aprendiste  
a [besar.

José Lozano Pérez.

## Un beso.

Ella, amante, levanta la cabeza;  
él, amado, se inclina sacramente,  
buscando la caricia lubrificante  
de unos labios pintados de cereza.

Tiembla el busto de la hembra enamora  
[rada,

los ojos brillan con fulgor extraño—  
trágicos ojos de felino hurraño—  
y la boca se entreabre deseada.

En el crítico instante en que anochece,  
en los brazos amantes desfallece.  
Y entretanto, la música lejana  
entre risas y llantos se desgrana,  
ella, muerta, se agita de embeleso,  
al influjo narcótico del beso.

Angel G. Lugea.

Imprenta de "El Mentidero,, Carrera de San Francisco, 13.-Madrid



*La doncella.*—Por qué ha reñido la señorita con el señorito Pepe?

*La n. na.*—Porque pretendía acompañar a mamá y a mí, por las tardes y yo quiero a los novios para ir al cine nada más.

... ANUNCIOS TELEGRAFICOS ...

Cinco céntimos palabra.

**KISSEN**

Indispensable para las señoras; irrigación ideal; flujo blanco suprimido completamente; absoluta limpieza; poderoso astringente. Farmacia

COIPEL.—Barquillo, 1.—MADRID

BARCELONA.—Uriach, Moncada, 20.

**FOTO**grafías artísticas del natural. Catálogo (francés o italiano). P. 1 sellos españoles. Leonard Sucer, 228 Rua Barao S. Cosme, Oporto, PORTUGAL.

**C**ocinera joven y bien parecida que sabe hacer filigranas con el solomillo, desea colocación.

**Q**uiero Luis: ven a las diez y media; entra por el jardín; descalzate, que ya te pondrás las botas, tu.—Z.

**N**ecesito que inmediatamente me devuelva usted mis cartas; sobre todo aquella en que le decía «no puedo vivir sin tí, ven mañana y si me ven que me vean».—Luz.]

**E**n peluquería moderna, se necesitan dos o tres señoritas que sepan apurar bien.

**T**odos los meses harémos un número extraordinario de "El Viejo Verde", en el que pondremos todo el cuidado de que podemos disponer.

**M**uy pronto "Frívola".

Centro de Reparto y Venta de Periódicos.

DE

**ANGEL VAZQUEZ**

Encargado de la venta y reparto de este periódico

San Isidro 5, 3.º

Para cuanto se relaciona con este servicio, pídanse detalles en el puesto de periódicos del café Oriental,

Puerta del Sol, 12.

**Misterios y secretos del lecho conyugal**

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

**Tortilla al ron** Un tomo de 255 páginas.

Se envían a provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos o un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirija: se únicamente a Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.

**CUATRO LIBROS INTERESANTES**

**Fruta prohibida :: Los quince goces del matrimonio.**

**::: Misterios y secretos del lecho conyugal ::: :::**

(Dos tomos con grabados.)

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos o un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirijan únicamente a Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º dra., Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de Revistas ilustradas y periódicos a los señores libreros y Corresponsales de España y América.